

Lucerna, 16 de mayo de 1999

**Discurso de Chiara en el 19º Congreso Internacional para la familia, organizado por la Fundación Suiza para la familia:**

***“La familia es el futuro”***

**Locutor:** El drama de nuestro tiempo es la violación de la naturaleza. Un drama que es también un pecado de nuestra época. Una violación que no conoce límites y que ha llegado hasta la raíz de la existencia humana.

Cada persona sueña nacer, crecer y envejecer en el ambiente más adecuado para vivir: una familia. Pero incluso la familia es fruto de su tiempo.

El mito del bienestar a cualquier precio y el espejismo de una riqueza como fin en sí misma destacan las contradicciones de un sistema que tiende a la globalización, pero a través de la explotación del hombre por el hombre.

Estamos ante una realidad social salvaje, caracterizada por la imposición de una cultura impregnada de un individualismo exasperado y de violencia.

Nuevas formas de atentados afectan implacablemente a la familia, vaciándola de los contenidos éticos que le son propios.

¿Será por eso que importantes valores universalmente humanos están desapareciendo de la convivencia civil y familiar?

Hoy se multiplican las alarmas lanzadas por instituciones y líderes morales de nuestro tiempo: la crisis de la familia significa crisis de la sociedad, significa un mundo que se vuelve deshumano.

Ante este panorama adquieren una importancia fundamental todas las iniciativas capaces de hacer descubrir la centralidad del papel de la familia en el seno de la sociedad. Desde esta perspectiva se debe considerar también el 19º (decimonoveno) congreso internacional cuyo título es “La familia es el futuro”, abierto el día 13 de mayo en Suiza y promovido por la Fundación Suiza para la familia. Una organización que desde hace años lleva a cabo este proyecto de diálogo con el público para reforzar el compromiso en favor de la familia en la política, economía y sociedad.

De los 40 relatores previstos en el programa del congreso, la conferencia de Chiara Lubich despertó una gran expectativa.

**Voz femenina:** Todos nuestros congresos precedentes contaron con la presencia de Madre

Teresa. Ella nos daba la palabra final. Por eso pensamos mucho en quien podría continuar su mensaje. Y decidimos que Chiara Lubich era la persona indicada (...). Chiara Lubich es, naturalmente, la personificación de una gran esperanza, de una gran seguridad y ella podrá transmitir a los demás la certeza de que todavía existe esperanza y que vale la pena seguir defendiendo a la familia con los valores que también ella representa.

**Locutor:** El 16 de mayo, los pabellones de la feria, sede del congreso, están abarrotados. Es la jornada conclusiva que traza las líneas principales de aquellos días dedicados a la familia.

**Chiara:** El título de mi tema es: “La familia es el futuro”.

En primer lugar, saludo cordialmente a su Excelencia Monseñor Mamie, a los señores y señoras presentes, a todos los amigos y también a los hermanos que están aquí. Agradezco la invitación a quienes han organizado este importante congreso que ha tenido un gran éxito, por lo que parece.

Me complace una iniciativa como ésta, que centra la atención en un tema fundamental, de vital importancia, sobre todo para la sociedad de hoy, como es la familia. Por lo tanto, es una gran satisfacción tener la oportunidad de decir algo sobre esta primera forma de humanidad asociada.

Este tema se puede afrontar – y habrá sido afrontado – desde muchas perspectivas según cuantas son las disciplinas humanas. Pero dejo con gusto a los especialistas la tarea de analizar los distintos aspectos vinculados a la institución familiar.

Yo más bien quiero detenerme a reflexionar con ustedes sobre el significado que tiene la familia para Dios. Es una empresa sin duda audaz, pero no imposible si utilizamos el libro que recoge la Palabra de Dios y la historia de su relación con el ser humano, es decir, la Biblia. Es un propósito útil, porque este estudio, además de aclarar la confusión y el contradictorio momento actual de la familia, nos señalará también su deber ser.

La Biblia está impregnada de analogías esponsales y símbolos familiares. Parece casi que el Espíritu no encuentra otra manera de expresar el ardor, la fidelidad, la gratuidad, la universalidad del amor de Dios. Esto confirma que también el matrimonio humano, así como Dios lo pensó, tiene en cierto modo un carácter sagrado<sup>1</sup>.

Al inicio de la creación tenemos un hombre y una mujer. Dios les entrega el mandamiento del amor recíproco, los invita a la fecundidad y a usar los bienes de la creación. Es una imagen estupenda. Es el descubrimiento de la alteridad y el nacimiento de la familia.

El ser humano está llamado, de hecho, a existir en relación. Es así como se realiza. “Amo,

---

<sup>1</sup> Cf. I. GIORDANI, *Laicato e sacerdozio*, Roma, 1964, p. 178.

luego, soy”, escribe Emmanuel Mounier<sup>2</sup>, y también nosotros lo creemos. Es una relacionalidad que abraza todo el mundo del hombre: la familia, el ambiente, la historia. Y “estando en relación” encontramos una confirmación más de que la familia está inscrita en el ser humano, de que pertenece a su propia naturaleza. No es una forma de convivencia vinculada a un determinado modelo social o la invención de un grupo dominante.

La comunión conyugal está enraizada en la natural complementariedad entre el hombre y la mujer, que en el matrimonio se expresa en la entrega total de sí. Es una entrega exclusiva y típica de la unión conyugal, por medio de la cual ambos se donan no algo, sino todo su ser, hasta llegar a ser una sola cosa. Es un itinerario marcado por las leyes de la naturaleza, pero que evoca y concreta las leyes divinas.

Además, el hombre y la mujer, en el matrimonio, impulsados por el amor recíproco, adhieren a la vocación universal a la unidad. “En el esfuerzo de los esposos por llegar a ser una sola cosa, abiertos a los hijos - según el teólogo Klaus Hemmerle - se verifica al mismo tiempo el encuentro y la compenetración del hombre y de la mujer con el mundo”. Y en esa relación hombre-mundo se puede reconocer también el aporte específico de cada uno: el aporte masculino orientado a la construcción del mundo; el femenino, sobre todo ayuda el proceso de humanización del mundo, típico de la mujer<sup>3</sup>.

Pero hay más.

La familia está indisolublemente unida al misterio de la vida de Dios, que es Unidad y Trinidad: “Dios creó al hombre a su imagen. A imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó. Dios los bendijo, diciéndoles: sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra...” (*Gen 1, 27-28*).

Y cuando alguien le pidió a Jesús que hablara del matrimonio, citó exactamente esa frase del Génesis, recomendando que había que remontarse al principio para comprender algo del misterio del amor esponsal.

Cuando Dios creó el género humano, plasmó una familia, o sea, un hombre y una mujer llamados a la comunión, a imagen del misterio de amor de su propio ser; fueron llamados a la fecundidad y al uso de toda la creación, conforme a la inagotable paternidad de Dios.

“A la luz del Nuevo Testamento – afirma Juan Pablo II – es posible descubrir que el modelo originario de la familia hay que buscarlo en Dios, en el misterio trinitario de su vida. El “nosotros” divino constituye el modelo eterno del “nosotros” humano, de aquel “nosotros”, que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina”<sup>4</sup>. Es ahí precisamente donde la familia ahonda sus raíces.

No cabe duda que el misterio del amor envuelve a toda la creación. Las leyes del amor son las leyes de la naturaleza y el amor humano resume y sublima este dinamismo constante de unidad y de

<sup>2</sup> E. MOUNIER, *Le personnalisme*, en *Zuvres*, París, 1961, p. 455.

<sup>3</sup> Cf *Matrimonio e famiglia in un'antropologia trinitaria*, in “Nuova Umanita” 31, 1984, p. 17.

<sup>4</sup> JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, 1994, I, 6.

distinción.

El amor humano tiene sus fases. Inicia con la etapa del enamoramiento. Es casi con una chispa del amor de Dios que da inicio a una familia, un destello que ilumina con una luz nueva a la persona amada, una novedad que transforma la vida, que da felicidad y entusiasmo para iniciar juntos un viaje que no se sabe cómo terminará. Es casi el patrimonio genético de una pareja.

Después llega la etapa de los frutos, del crecimiento, de la consolidación. Las situaciones cambian, la estructura del ser humano con el tiempo evoluciona y se transforma. El amor conoce otros momentos, otros sabores, otras expresiones y la capacidad de amar se debe renovar continuamente. Y es en esta dinámica, que hace de los cónyuges una sola cosa, que la hace indisoluble, donde está el futuro de la pareja. Un futuro que lleva a salir de sí mismos y de un modo especial engendrando nuevas vidas.

La fecundidad de los esposos, de hecho, tiene múltiples expresiones, la más típica es la generación de nuevas vidas humanas. Con la procreación los esposos cooperan en la acción creadora de Dios que, por medio de ellos, amplía su familia en la tierra. Escribe Bonhoeffer: "Dios hace partícipes a los hombres y a las mujeres de su constante acto creativo. Los padres reciben de Dios sus hijos, y a Él los deben conducir"<sup>5</sup>. El niño que nace, que viene a la luz, en cierta forma, representa el modo típico de los esposos de dar Dios al mundo.

Ser padres es una etapa importante en la formación de la familia. Se inician y se multiplican nuevas relaciones. Este fenómeno aumentará a medida que la experiencia de la familia avance en el tiempo. Así se convierte en un cofre, en un rico entretejido de relaciones humanas de amor, de familiaridad, de amistad: amor nupcial entre los esposos, amor materno-paterno hacia los hijos, filial hacia los padres, amor fraterno entre los hijos, amor de los abuelos por los nietos y viceversa, por los tíos, por los primos, por los amigos de casa, por los vecinos...

Dios realmente ha pensado la familia como una misteriosa joya en un entramado de amor.

En este itinerario, ésta se transforma, pasa de la uni-dualidad hombre-mujer a ser comunión de personas, como una fuente que, de la fresca y generosa emanación inicial, se va convirtiendo en un arroyo que fecunda una superficie cada vez más vasta. De ese modo la familia genera la socialidad. Por otra parte, Cicerón la había definido "principio de la ciudad y casi semillero del Estado"<sup>6</sup>. Porque es la fuente de sus componentes en las distintas etapas de la vida, por haber sido creada por Dios a imagen de su misterio de amor, la familia es el modelo ideal para cada sociedad humana.

Ya en 1993, en un simposio realizado en Roma, en preparación del Año Internacional de la Familia, comuniqué mi pensamiento, poniendo el acento en la riqueza de los valores ínsitos en la

---

<sup>5</sup> D. BONHOEFFER, *Sermón en ocasión de un matrimonio en la cárcel militar de Berlín*, Tegel, mayo 1943.

<sup>6</sup> Cf. T. SORGI, *Costruire il sociale. La persona e i suoi piccoli mondi*, Roma, 1991.

familia cuando está en sintonía con el designio de Dios. Esos valores, proyectados y aplicados a la humanidad pueden transformarla en una gran familia. Valores como la comunión, la solidaridad, el espíritu de servicio, la reciprocidad que parecen, digamos, normales en la convivencia familiar, podrían ser una novedad increíble para las esclerotizadas estructuras institucionales y puntos de referencia para un nuevo orden social.

En el mundo ya existen estructuras e instituciones que persiguen el bien del ser humano, pero es necesario humanizar esas estructuras, darles un alma, para que el espíritu de servicio tenga la misma intensidad, espontaneidad, impulso de amor hacia la persona que se respira en la familia<sup>7</sup>. Para realizar esta auténtica y profunda revolución social, no serían necesarios grandes cambios, sería suficiente que cada familia fuera realmente lo que debe ser y se sintiera interpelada por la invitación insistente de Baden Pawell, fundador del scoutismo: “Familia, sé tu misma”<sup>8</sup>.

Si observamos la situación internacional de la sociedad que nos rodea, estas breves reflexiones sobre lo que debería ser la familia, pueden parecer una ingenua utopía. (...)

La cultura individualista difundida en Occidente tiende a fragmentar y promover al hombre y a la mujer según sus necesidades y consumo. Así, la sexualidad en lugar de ser un don divino de relación, se convierte en un ídolo, en un enemigo de la integridad del hombre, cada vez más lejana del amor y de la fecundidad. Se vive de emociones que, jugando con las personas, compone, descompone y vuelve a componer parejas, negando la confianza fundamental en la estabilidad de los sentimientos, indispensable en la vida familiar<sup>9</sup>. Los episcopados de la Comunidad Europea denuncian que la “familia ya no desempeña ningún papel en la vida social. Hombres y mujeres son tratados únicamente como individuos. Las tareas que se cumplen en el ámbito de la familia son consideradas una cuestión privada. Se olvida la importancia de las familias para la cohesión social. En un contexto social marcado por el individualismo y por la búsqueda del beneficio, la familia es muy frágil. Y sobre todo son las familias marginadas las que se disgregan”<sup>10</sup>.

Los hijos son las primeras víctimas de estas situaciones, privados de un punto de referencia de unidad familiar y con las consecuencias de la fragmentación de esta figura en numerosos y sucesivos pseudo padres.

Escribe Bovet: “La familia es como un organismo y sus miembros son como sus órganos. Así como cada organismo tiene una cabeza, corazón, células, también la familia tiene padre, madre e hijos. Los hijos deben poder experimentar una relación profunda y plena con el padre y con la madre para poder honrarlos y amarlos”<sup>11</sup>.

<sup>7</sup> Cf. AA.VV., *Familyfest, una proposta per il 2000*, Roma, 1993, p. 11.

<sup>8</sup> Cf. C. e L. GENTILI, *Per star bene in famiglia*, Roma, 1998. P. 11.

<sup>9</sup> Cf. G. P. DI NICOLA, A. DANESE, *Amici a vita*, Roma, 1997, p. 39.

<sup>10</sup> Chiesa locale e famiglia (CLEF), Agenzia di informazione e documentazione di pastorale familiare, 49, anno XIII, marzo 1995, p. 15.

<sup>11</sup> T. BOVET, *Situazione dei Cristiani nel mondo*, Zurich, 1944.

Pero hoy el vínculo matrimonial estable parece contrastar con la libertad personal. Más que en los valores relacionales se hace hincapié en las diferencias y los conflictos.

En el ámbito político, instituciones y gobiernos codifican estos datos de hecho en leyes contrarias al bien integral de la persona. Divorcio, aborto, eutanasia, experimentaciones biogenéticas, entran en las conciencias como algo natural y, por lo tanto, se consideran lícitas. La tasa 0 de natalidad, las convivencias libres, la anarquía sexual, se convierten en moda y costumbre.

En otras partes del planeta, caracterizadas en general por un fuerte desequilibrio en la distribución de las riquezas, la familia encuentra en la miseria y en el subdesarrollo obstáculos difíciles de superar. No sólo. También en los países más pobres la globalización difunde de un modo irrefrenable, junto a los mitos del consumismo, modelos sociales occidentales enfermos, que poseen un efecto devastador en las culturas locales.

Resuena muy actual la advertencia de Horacio al Senado romano: “La devastación que destruye las naciones y los pueblos tiene su origen en la familia, que han logrado corromper”<sup>12</sup>.

La crisis de la institución familiar puede ser interpretada como un fenómeno social, pero no es sólo eso. Hace poco conmemoramos los 50 años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que es una carta fundamental para la convivencia civil, una etapa importante para su humanización. Y a pesar de ello las violaciones evidentes y secretas de estos derechos son innumerables, llenan los medios de comunicación, nos invaden de tristeza. Y todas estas injusticias, en último análisis, acaban perjudicando la parte más pequeña e indefensa de la sociedad: la familia.

De alguna manera ésta hoy es el recipiente del dolor de la humanidad. No existe ninguna agencia de estadística planetaria que nos pueda ofrecer las proporciones de este fenómeno. Podemos sólo preguntarnos: ¿cuántos cónyuges dejados y frustrados? ¿Cuántos niños sin uno de los padres? ¿Cuántos hijos drogadictos? ¿Cuántos en la espiral de la delincuencia y de la prostitución? ¿Cuántos esposos e hijos desaparecidos a causa de la guerra? ¿Cuántos ancianos abandonados? ¿Cuántos niños mueren de hambre cada día? ¿Cuántos enfermos terminales se apagan en medio de la indiferencia? ¿Y los incurables? ¿Y el mundo de los discapacitados?

Podemos representar de una manera plástica a la familia actual con una imagen: una madre herida y desolada que recoge el sufrimiento de la humanidad y grita al cielo su “porqué”. Es una situación que casi nos deja sin aliento. Entonces nace una pregunta: ¿cuál es el futuro de la familia? O peor ¿existe un futuro para la familia?

Frente al gran misterio de dolor nos quedamos desorientados.

En la Biblia existe un momento vértice de dolor, expresado con un “porqué” lanzado al cielo. El evangelista Mateo, en la narración de la muerte de Jesús, dice: “A eso de las tres Jesús gritó con

---

<sup>12</sup> Chiesa locale e famiglia (CLEF), Agenzia di informazione e documentazione di pastorale familiare, 52, anno XIV, febrero 1996, p. 8.

fuerza: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46).

Cristo llegó a ese momento pasando por una gama de sufrimientos terribles: el miedo angustiante, la traición y el abandono de los suyos, un proceso injusto y manipulado, la tortura, la humillación, la condena a la crucifixión, pena capital reservada a los esclavos, que tal vez hoy no logramos comprender en toda su crueldad, que destruía la persona y su memoria.

Al final aquel grito inesperado, que deja traslucir el drama de un Hombre-Dios: “¿Por qué me has abandonado?”. Es el punto culminante de sus dolores, es su pasión interior, es su noche más tenebrosa. Él, que había dicho: “El Padre y yo somos una sola cosa”, vive la trágica experiencia de falta de unidad, de la separación de Dios. Porque por amor al hombre, asumió todo lo negativo, todo el pecado de la humanidad.

En aquel abandono, expresión última y mayor de su amor, Cristo alcanza la extrema anulación de sí y reabre a los hombres el camino de la unidad con Dios y entre ellos. Aquel “por qué” – que para él no tuvo respuesta – responde a cualquier grito del ser humano. ¿No es acaso semejante a él el angustiado, el que está solo, el fracasado, el condenado? ¿No es acaso la imagen de toda división familiar, entre grupos, entre los pueblos? ¿No es acaso la figura de Jesús abandonado la persona que pierde, por así decir, el sentido de Dios y de su designio sobre el hombre, la persona que ya no cree en el amor y acepta cualquier subrogado? No existe tragedia humana o fracaso familiar que no estén contemplados en la noche del Hombre-Dios. Con aquella muerte ya pagó todo; ya firmó un cheque en blanco, capaz de rescatar el dolor y el pecado de la humanidad que fue, que es y que será.

Con esa tremenda experiencia, casi como una semilla divina que marchita y muere para darnos la vida, él nos revela también la verdad del amor más grande: ser capaz de dar todo de sí, de hacerse nada por los demás. “La señal de Dios que se anula a sí mismo – escribe Ur von Balthasar – haciéndose hombre y muriendo en el más completo abandono, explica por qué Dios aceptó (...) todo eso: respondía a su naturaleza manifestarse como un amor sin límites”<sup>13</sup>.

Por medio de aquel vacío, de aquella nada, volvió a correr la gracia, la vida de Dios hacia el hombre. Cristo reconstruyó la unidad entre Dios y la creación, recompuso el designio, creó hombres nuevos y de consecuencia familias nuevas.

El gran evento del sufrimiento y del abandono del Hombre-Dios puede llegar a ser punto de referencia y fuente secreta capaces de transformar la muerte en resurrección, las limitaciones en motivo de amor, las crisis familiares en etapas de crecimiento. ¿Cómo?

Si miramos con ojos humanos el sufrimiento, los casos son dos: o acabamos en un análisis sin solución, porque el dolor y el amor forman parte del misterio de la vida humana; o tratamos de superar ese incómodo obstáculo que es el sufrimiento, huyendo en otras direcciones.

---

<sup>13</sup> Cf. H.U. von BALTHASAR, *Solo l'amore è credibile*, 1991, p. 143.

Pero si creemos que detrás del entramado de la existencia existe Dios con su amor, y si, fortificados por esta fe, percibimos en los pequeños y grandes sufrimientos cotidianos, nuestros y de los demás, un aspecto del dolor de Cristo crucificado y abandonado, una participación en el dolor que redimió el mundo, es posible comprender el significado y porvenir también en las situaciones más absurdas.

Ante cualquier sufrimiento grande o pequeño, ante las contradicciones y los problemas sin solución, en nuestro interior intentemos mirar de frente el absurdo, la injusticia, el dolor inocente, la humillación, la alienación, la desesperación... Así reconoceremos uno de los muchos rostros del Hombre de los dolores. Es el encuentro con Él que, siendo Persona divina, se hizo individuo sin relaciones, con Él, el Dios del hombre contemporáneo, que transforma la nada en “ser”, el dolor en amor. Será nuestro “sí”, nuestro gesto de amor y de apertura hacia Él, que comenzará a desmoronar nuestro individualismo, haciéndonos hombres nuevos, capaces de sanar y revitalizar con el amor las situaciones más desesperadas.

¿Pero es posible?

Podemos contar dos experiencias emblemáticas.

Claudette, una joven esposa francesa, fue abandonada por el marido. Tenía un hijo de un año. El ambiente cerrado y de provincia y de su familia la llevó a pedir el divorcio. Pero mientras, conoce a una pareja que le habla de Dios, que está cerca de quien sufre: “Jesús te ama – le dijeron -; también él, como tú, fue traicionado y abandonado; en él podemos encontrar la fuerza para amar todavía y perdonar”.

Lentamente el resentimiento en ella desapareció y empezó a comportarse de otra manera. También su marido se dio cuenta de ese cambio. Cuando se encontraron ante el juez para la primera audiencia, Claudette y Laurent se miran con ojos nuevos. Aceptaron reflexionar unos seis meses. Vuelven a tener contacto entre ellos y cuando el magistrado los llamó para decretar el divorcio, respondieron juntos: “No”. Y descendieron las escalinatas del tribunal tomados de la mano. El nacimiento de otras dos hijas fue la alegría de un amor que puso en el dolor raíces profundas.

Otra. Una hermosa familia, precisamente aquí, de Suiza, un día el hijo les comunica que consume drogas. Intentan de todo para curarlo, pero sin éxito. Un día ya no vuelve a casa. Sentimientos de culpa, miedo, impotencia, vergüenza, en estos padres. Pero es el encuentro con Jesús abandonado, en esta típica llaga de nuestra sociedad. Lo abrazan en su sufrimiento y advierten en su corazón que el amor verdadero “se hace uno” con el otro, entra en su realidad... Los padres entonces se abren solidariamente a este tipo de sufrimientos. Organizan un grupo de familias que distribuyen sándwichs y té a los jóvenes de la plaza Platzpitz, que en aquel momento era el infierno de la droga de Zurich. Un día allí encuentran a su propio hijo, acabado y casi en las últimas. Con la ayuda también de otras familias ha sido posible iniciar a recorrer el largo camino de la liberación.

Y podríamos seguir...

No son sueños, son las experiencias cotidianas de muchas familias que, pasando por el plano inclinado del abandono del Hombre-Dios, transformaron el torrente de sus dolores en una vida nueva. Muchas veces los traumas se resuelven, las familias se reúnen. A veces no. Las situaciones externas permanecen como son, pero el dolor es iluminado, la angustia se resuelve, la fractura se supera. A veces el sufrimiento físico o espiritual permanece, pero adquiere un nuevo sentido, uniendo la propia pasión a la de Cristo que continua redimiendo y salvando las familias y la humanidad entera. Entonces el yugo se vuelve suave.

La familia puede intentar recomponerse y corresponder al esplendor original del diseño del Creador, bebiendo de la fuente del amor que Cristo trajo a la tierra. Creo que los esposos y las familias pueden saciar con esta fuente la sed de autenticidad, de comunión continua y sin reservas, de valores trascendentes, duraderos, siempre nuevos. Y esto también porque es Dios mismo quien puede estar presente en su casa y compartir con ellos su vida. Jesús dijo: "Donde dos o más están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (*Mt 18, 20*). Es una espléndida posibilidad ofrecida también a la familia, la de convertirse en sede de la presencia de Dios.

Para una familia que vive así, nada de lo que sucede a su alrededor le es ajeno. Simplemente, siendo como es, tiene la capacidad de dar testimonio, anunciar, rescatar el tejido social que la rodea, pues la vida habla y obra por sí misma. Por experiencia propia sé que una familia así sabe abrir las puertas y el corazón a las necesidades y a los dramas que afectan a la sociedad, a sus abandonos y a sus marginaciones. Sabe concretar y organizar la solidaridad en círculos cada vez mayores, hasta llegar a promover acciones eficaces que influyen en las instituciones, impiden la aprobación de leyes y disposiciones equivocadas, orientan a los políticos.

Por la presencia y actividad de sus miembros en los distintos sectores de la sociedad, una familia así sabe entablar un diálogo con las instituciones, recabar los recursos para cubrir necesidades concretas, crear la conciencia y las condiciones para políticas familiares adecuadas y para crear corrientes de opinión basadas en valores.

Creo que en el mundo no exista nada más hermoso que una familia así. ¿Porque – nos preguntamos –, en el fondo qué busca la humanidad? La felicidad. ¿Dónde va a buscarla? En el amor, en la belleza. Y para obtenerla está dispuesta a cualquier cosa. Allí, en aquellas familias existe la plenitud del amor humano y la belleza del amor sobrenatural.

Conozco familias así y son realmente maravillosas. Ejercen una gran atracción sobre todos. Aparentemente parecen familias como las demás, pero esconden un secreto, un secreto de amor: el dolor amado las une a Cristo que habita en sus casas, atraído por el amor recíproco que las une; y con ellas – con estas familias – Él está transformando el mundo.

He querido compartir con ustedes estas reflexiones, que he recogido en el fondo del corazón y

en las experiencias de muchas, muchas familias. Me gustaría suscitar en todos nosotros un compromiso concreto para trabajar con todos los medios posibles para el bien de la familia. De hecho, es demasiado importante la salud de la primera célula de la sociedad para los destinos de la humanidad entera.

“Salvar la familia – escribió el gran escritor católico Iginio Giordani – es salvar la civilización. La nación está compuesta por familias; si éstas perecen, también aquella vacilará”<sup>14</sup>. Y añadió: “Los esposos se vuelven colaboradores de Dios al dar a la humanidad vida y amor. (...) Amor que de la familia se extiende a la profesión, a la ciudad, la nación, la humanidad, propagándose como en círculos concéntricos que llegan al infinito. Desde hace veinte siglos arde un anhelo revolucionario, encendido por el Evangelio, y pide amor”<sup>15</sup>. (Aplausos)

Ufficio Traduzioni, Rocca di Papa

---

<sup>14</sup> I. GIORDANI, *Familia comunidad de amor*, ed. Ciudad Nueva, Buenos Aires, 1994, p. 15.

<sup>15</sup> ID., *Il laico Chiesa*, Roma, 1988, p. 107 e 155.